



Coloquio latinoamericano del COLUMBIANUM:

por Angel Rama

EL NECESARIO DIALOGO INTELECTUAL

★ Este es tiempo de partidos, tiempo de hombres partidos. C. Drummond de Andrade

Este mundo que vivimos es un mundo en guerra. Fija, calcate o tibia, la guerra es un constante de la sociedad humana de mediados del siglo XX. Alguien dirá que eso es la única constante de la historia pero asimismo deberá reconocer que el permanente desgarramiento de la comunidad humana ha tomado en esos momentos sus más dramáticas y amenazadoras formas. El enfrentamiento de intereses de concepciones de vida nunca ha cesado y nada indica que haya de cesar en un futuro cercano. Sobre todo en esta América latinoamericana que nos toca a todos, por la urgencia con que se plantean — y no se resuelven — los problemas socio-económicos que nos afectan. Pero al mismo tiempo el declinamiento de los medios de destrucción masiva, unido a la creciente autoconciencia — dentro de la mayoría de las ideologías — de la necesidad de formas democráticas justas que alivien a toda la población del planeta y el despertar — que es reclamar con premura — de los pueblos del Tercer Mundo dentro de los cuales se encuentran los latinoamericanos han vuelto a imponer con mayor fuerza la conveniencia de un diálogo honesto, eficaz, constructivo, por parte de los distintos sectores en pugna.

Se trata de un esfuerzo destinado a superar las formas primarias, directas, de la lucha entre diversas concepciones, para encontrar otros métodos a través de los cuales no ha dado que el combate continuara, aunque no acabare la destrucción de la sociedad ni extermine sus posibilidades de perpetuación evolutiva. Es con ese fin que el siglo XX inventó los organismos internacionales, desarrolló la

abundosa pléyade de expertos, asumió enormes tareas en los viajes, encuentros, discusiones, análisis, y si bien toda esta tarea que establece una entrecruzada malla que rodea al planeta, es posible de severos reproches — se ha hablado de una burocracia internacional inoperante — importa un fenómeno nuevo en la historia, responde a una toma de conciencia, a un lado y otro de las diversas líneas de batalla: hay problemas comunes y soluciones comunes que deben encararse de consuno, y, sobre todo, es imprescindible una nueva metodología para su tratamiento. Para ello hay una primera obligación: dialogar.

DENTRO de estos concepciones generales, que no son obra del capricho de uno u otro gobernante, ni de los intereses de uno u otro bando en pugna, sino que se plantean porque la realidad misma, nueva, que vivimos, las impone, interviene como factor de honda incidencia lo que se ha llamado el Tercer Mundo. (Lo que Quiljano ha definido como el Primer Mundo, por el tiempo que abarca el modo en que nos afecta, las exigencias que plantea) que viene aumentando su mayor peso desde la última guerra mundial. Los veinte años de postguerra que estamos por conocerlos, han visto la liberación del yugo imperialista, en la mayoría de los países de África y Asia, quienes en forma revuelta, entre intervenciones, errores y búsquedas legítimas, acceden a la independencia y comienzan apresuradamente su carrera hacia la modernidad: entendiendo por tal las concepciones técnico-científicas que ha desarrollado Occidente, y a la vez algunas de sus ideologías, el nacionalismo, el liberalismo, el marxismo, la planificación) en nuevos conflictos. Crecen que son estos veinte años de incalculables conflictos los que han reorientado el interés por América Latina, un subcontinente

que hacia ciento cincuenta años que había buscado su independencia política pero que vegetaba en la suspensión económica, en un régimen en muchos países todavía feudal, simular con las infraestructuras económicas que justificaba y permitieron las formas democráticas de la vida social, remedándolas o veces exteriormente, lográndolas parcialmente en algunos sectores, viviendo mayoritariamente en lo que hoy designamos como el subdesarrollo. Aquel título de Tibor Mende (América Latina entra en escena) más que correspondes a la realidad del momento es que escribía, proyectaba una situación que tiene pocos años de vigencia. En el cambio de los hechos políticos, donde se transitaron fórmulas nuevas los movimientos revolucionarios de una sociedad, fueran la revolución socialista cubana, la política kennedyana de la Alianza para el Progreso y el triunfo chileno que impone por primera vez en América la democracia cristiana, los índices de esta revolución, aunque obviamente el proceso venía incubándose desde largo tiempo atrás. Yo diría, para una una fecha que permite destacar sintomáticas alteraciones en diversos países, desde 1910, año de la revolución mexicana.

El papel que cabe a los intelectuales en este proceso histórico, nunca fue más reconocido y más importante, aunque en el mundo actual se prefiere utilizar la palabra técnicos, antes que "intelectuales", democratizando desde la designación a los integrantes de esta élite. En la misma medida en que un cuerpo social se decide a encarar seriamente los problemas de su desarrollo y progreso, ya está obedeciendo a una revolución forzada por la acción de los intelectuales y al mismo tiempo se ve obligado a reclamar, necesariamente, una capacitación más alta de ellos, procediendo a una ampliación manifiesta de las élites, con lo cual debe luego se ve democratizada pero a la vez se tornan menos audaces, estructurándose en una articulación burocrática que ya venía manifestándose desde el siglo pasado; Pero eso más importante que esta ampliación de las élites intelectuales, y tan importante como la intensificación de sus conocimientos mediante un aumento nunca visto de especialidades (lo que nos han dado economistas, sociólogos, educadores, psicoanalistas, antropólogos, críticos especializados en los más diversos temas, es la declinación que han sufrido las élites nacionales en beneficio de las élites cosmopolitas o universales. Se ve en el concepto de "nación" sigue siendo mantenido por los y el nacionalismo — que alguna vez había que dejara como el análisis insita en el nacionalismo burgués) sigue siendo una constante de profunda incidencia popular que los propios élites siguen auspicando con brío, es evidente que el achicamiento del mundo por obra del ingente desarrollo técnico-industrial y su problemática a escala planetaria arrinconaron aquellas élites que sólo se alimentaban de una tradición nacional y las han sustituido o transferido a otras de índole universal, a su vez imbricadas en planetas universales. Ellos vienen dirigiendo desde lugares altos, con una mayor fuerza de persuasión, la difusión de sus concepciones regionalistas y, a la vez, cosmopolitas, trabajando sobre un filo de navaja: por una lado el peligro de una mimetización de planteos y soluciones correspondientes a regiones de otra problemática, y correlativamente la posible pérdida de una inspiración nutricia que las separe de su base (Koslier ha denunciado esta situación con respecto a la India y Dumont con respecto al Africa negra) transformándolos en instrumentos de un despojo — ilustrado como lo fueron las élites del positivismo latinoamericano en sus respectivos

